

no nos habíamos quitado el pantalón. ¿Me atrevería a con-  
fesar que me habían herido, que tenía le-  
siones? Si lo recono-  
ces, después nadie  
quiere darte trabajo,  
nadie quiere casarse  
contigo. Nos lo te-  
níamos callado. No  
le confesábamos a  
nadie que habíamos  
combatido. Como

4

pos difíciles, pero no  
nos desanimábamos.  
Pasábamos por la  
tienda con nuestras  
cartillas de raciona-  
miento y en seguida  
intercambiábamos  
llamadas: “Me han  
dado azúcar, vente  
a tomar el té”. No  
teníamos nada enci-  
ma, ni nada debajo,  
nadie poseía cosas  
valiosas, alfombras,

13

nada. Te lo digo... Un  
día mi marido volvió  
del trabajo: “Vamos,  
por la calle he vis-  
to un sofá viejo...”.  
Fuimos a buscar ese  
sofá, fuimos de no-  
che, para que nadie  
nos viera. ¡Qué ale-  
gría nos dio ese sofá!  
«Sin embargo, éra-  
mos felices. ¡De  
pronto hice tantas  
amigas! Eran tiem-

12

mucho, mantenía-  
mos contacto entre  
nosotras, nos inter-  
cambiábamos car-  
tas. Transcurrieron  
por lo menos unos  
treinta años has-  
ta que empezaron  
a rendirnos hono-  
res... A invitarnos a  
dar ponencias... Al  
principio nos escon-  
díamos, ni siquiera  
enseñábamos nues-

5

EL GUERRILLERO  
SVETLANA ALEXIÉVICH  
(1939-)  
*Fragmento de un testimonio de  
Valentina Pávlovna Chudaeva,  
sargento, comandante en una unidad de  
artillería (en el bando soviético durante la  
Segunda Guerra Mundial).*

«A los dieciocho o a  
los veinte nos mar-  
chamos al frente,  
volvimos a los veinte  
o a los veinticuatro.  
Primero vivimos ale-  
gría, después miedo:

[1]

IMPRESO EN BOGOTÁ



lo ofrecían: “quéda-  
telo, te puede ser-  
vir...”. Compartían  
con nosotras la últi-  
ma galleta. En ellos  
no veíamos otra cosa  
que bondad y calor  
humano. ¿Qué pasó  
después de la gue-  
rra? Me callo... Me  
callo... ¿Qué nos im-  
pide recordar? Será  
la intolerancia a los  
recuerdos...

9

parte un trato similar.  
Durante la retirada a  
veces nos tumbába-  
mos para descansar,  
directamente en el  
suelo, y ellos nos da-  
ban los capotes y se  
quedaban en mangas  
de camisa: “Hay que  
tapar a las chicas...  
A las chiquillas...”.  
Si encontraban un  
trozo de gasa, de al-  
godón, siempre nos

8

¿qué haremos cuando seamos civiles? Miedo a la vida de paz... Mis amigas habían acabado sus estudios pero, ¿qué éramos nosotras? Unas inadap-  
tadas que no tenían ningún oficio. Lo único que sabíamos hacer era la guerra, el único oficio que dominábamos era la guerra. ¡Qué ganas teníamos

fue lo que nos arropó. Necesitábamos compañía, todos nosotros sentíamos mucha necesidad de calor humano. Con el tiempo, claro, cada uno se encerró en su casa, con su familia, pero en aquella época formábamos una piña. Codo con codo, como en las trincheras...».

de deshacernos de la dichosa guerra! Rápí-  
damente me arreglé el capote, que me sirvió para confeccionarme un abrigo, y le cambié los botones. Vendí las botas militares en un mercadillo y me compré unos zapatos. Me puse un vestido y me bañé en lágrimas. No me reconocía en el espejo, en cuatro años

cristalería... Nada... Y éramos felices. Felices porque estábamos vivos. Hablábamos, nos reíamos. Paseábamos por la calle... Yo no paraba de admirar todo lo que veía, aunque había poco que admirar: piedras quebrantadas, incluso los árboles estaban mutilados. El amor

»Mi marido y yo nos mudamos a Minsk. No teníamos nada: ni una sábana, ni una taza, ni un tenedor... Dos capotes y dos camisas militares. Encontramos un mapa, un mapa de buena calidad, con una base de tejido de algodón. Lo remojamos... Era un mapa grande... Aquella fue nuestra

primera sábana. Más tarde, cuando nació nuestra hija, la utilizamos para hacer pañales. Sí, un mapa... Lo recuerdo bien: un mapamundi político... La maleta de chapa de madera con la que mi marido regresó del frente nos sirvió de cuna. En nuestra casa, aparte del amor, no había

la cambiaron por la simple felicidad femenina. No compartieron la victoria con nosotras. Era injusto... Incomprensible... Porque en el frente el trato que nos habían dado los hombres era formidable, siempre nos protegían. En la vida normal nunca he vuelto a ver por su

tras condecoraciones. Los hombres se las ponían, las mujeres no. Los hombres eran los vencedores, los héroes; lo nosotros habíamos hecho la guerra, pero a nosotras nos miraban con otros ojos. De un modo muy diferente.. Nos arrebataron la Victoria, ¿sabes? Discretamente nos